

micilio de la Carrasco, sino al de la Socobio, en el número 14 y 16 del Caballero de Gracia, donde habían concertado cenar juntas. Así lo hicieron, esmerándose la palaciega en dar todo el esplendor posible al obsequio, y mientras cenaban y de sobremesa, no cesaron de picotear, hasta que llegó el chico mayor de Carrasco á buscar á su madre. Eran las doce. Casi al mismo tiempo que Doña Leandra entraron en la casa Eufrasia y Lea, que venían del Circo, donde habían visto el estreno de *Juana la Prisca*, de Donizetti, por el gran Moriani. La ópera, según dijeron, era ligerita; Moriani había cantado como un ruiseñor, y la Gruitz lució un traje de superior gusto y elegancia.

XXI

Si el ardiente amor á la tierra natal y la fatalidad de vivir lejos de ella no fueran bastante motivo para que la pobre Doña Leandra aborreciese á Madrid, sería la confusión de ideas y el laberinto de opiniones que hacían de la Corte de las Españas un pueblo de locos. Vivían aquí las personas para pelearse de continuo por lo chico y lo grande, disparando unas con-

tra otras fuego mortífero de recriminaciones, ironías y dicharachos, ya por un desacuerdo en el modo de apreciar las piruetas de la Guy Stephan, ya por el problema político y monárquico del casorio de la Reina, y por el valimiento y calidades de cada uno de los novios ó candidatos. En su propia casa vió la buena señora una muestra de la general discordia, que fué para ella motivo de gran amargura, porque eran sus hijas las que reñían, y casi casi se tiraron de los pelos en una furiosa reyerta y examen de pretendientes al regio tálamo. Con autoridad enérgica las hizo callar mandándoles que mirasen á las obligaciones domésticas y no se metieran en lo que no les importaba. Y el mismo día en que estas terribles querellas ocurrían, en ocasión que la señora remendaba su ropa, única labor que aliviaba sus tristezas, llegóse á ella Eufrasia, y revolviendo trapes y rebuscando botones, le dijo:

«Ya no volveré á reñir con Lea, porque ella es algo simple de por sí, y ese retrógrado de Tomasito, ahora metido entre carlistones, le ha llenado la cabeza de viento. ¡Miren que hablanos de D. Carlos Luisito como el único consorte posible! ¡Y salimos con que así será porque lo quiere el Austria! Yo, que estoy entera de todo, le contaré á Su Merced lo que

hay, si me promete guardar el secreto. No debe conocerlo padre porque se le escapará decirlo en el café, y corrida la noticia por Madrid antes de tiempo, armarse podría una gran trapa-tiesta entre las naciones que andan en el ajo...

No, no, madre: tengamos reserva, que esto es muy delicado.

—Sí, hija: cada cual calle lo suyo, hasta que venga la verdad á sacarnos á todos de confusiones. ¿Y eso que sabes te lo ha contado Terry? No es mala autoridad la de quien tanto priva en la Embajada del inglés.

—Como que el Embajador es su gran amigo y todo se lo dice. Donde quiera que se encuentran hablan en inglés para que no los entienda nadie. Pues verá Su Merced lo que hay. Ello es ya cosa convenida entre la Corte de Londres y la Corte de Madrid; pero no quieren que se entere la Francia para que ese títere de Bresson no nos arme un enredo. La Reina se casará con Coburgo, el Príncipe D. Leopoldo de Coburgo y Gotha, que así se llama.

—Hija, ¿qué me dices?... ¡Pero si entendía yo que ese duque de la Gota era el más *eliminado* de todos!

—No haga caso Su Merced. La Inglaterra es la que puede más, y ha dicho el Lord primer Ministro que como casen á Isabel II con

un Borbón, habrá la más terrible guerra que se ha visto... Y la Inglaterra está en lo firme, porque el casar á la Reina con uno de la misma familia, en la cual vienen uniéndose ya, de tiempo atrás, primos con primas, y tíos con sobrinas, es traer la degeneración... ¿Su Merced me entiende? Sí, porque nadie sabe mejor que Su Merced que á los ganados de ovejas y cochinos se les muda de padres para que no desmedre la raza.

—Sí, hija; ¿pues no he de entenderlo? Lo mismo que en los animales pasa en las personas, y también en el trigo, que si no mudamos de simiente, pronto empeora la casta... Pero el Sr. Terry me dispense... no van las tornas por el lado de ese *Comburgos*, ó como quiera que se llame.

—Madre, le aseguro á Su Merced que sí. La Gran Bretaña trabaja bajo cuerda por fastidiar al francés, que quiere meternos aquí á uno de sus príncipes, para que luego se alce con el santo y la limosna y nos convierta en provincia francesa... A eso van. Pero los ingleses, que como nosotros tienen Reina, y ésta casada con uno de los de Coburgo, no consienten que Francia meta el hocico. Ya se han entendido la Reina Cristina y *Mister Bullwer*, y concertada tienen la boda. Se cree, esto no lo sabe Terry á

punto fijo, que la Inglaterra no ha venido con las manos vacías, y que cede á España unas islas de no sé qué mares... De modo que hasta por ese lado vamos ganando. Y hay más: el Príncipe Leopoldo es ilustrado, á diferencia de los de acá y de los de Nápoles, criados en el absolutismo y en las ñoñerías; es un muchachote robusto, que es lo que nos conviene, de ideas liberales...

—Cállate, hija; cállate por Dios, y no hables de liberalismo!... Lucido estaría el Trono si ahora saliéramos con que se sentaba en él un miliciano nacional, que haría de nuestra Reina una *miliciana nacional*, y nos metería otra vez en los enredos de los patrióticos y de la libertad de la imprenta...! Quita, quita; el Sr. Terry está soñando. ¡Pues digo, si á más de patriota es hereje, y nos viene acá con la libertad de los cultos, y á predicarnos que seamos ateos...!

—No, madre: eso no puede ser, porque se le ha puesto la condición de que abrace el catolicismo.

—Y ¿qué sacamos de que lo *abrace*?... Vamos, que le da un abrazo y después se queda tan fresco... ¡Si creará la Inglaterra que aquí estamos en Babia!... ¿Y el Papa qué haría? Pues descomulgarnos á todos y dejarnos con un

pie en el Infierno... Quita, quita: el Sr. Terry ha oído campanas y no sabe dónde. Elegido está ya el marido de Isabel; pero no es extranjero ni *Bocurgo*, ni nada de eso.

—A Su Merced—dijo Eufrasia con burla respetuosa,—le ha trastornado el seso esa ardimilla de Doña Cristeta, haciéndole creer que el esposo elegido es D. Francisquito, el mayor de los chicos del Infante... ¡Pero si la Socobio no sabe más que lo que le cuentan en las cocinas de Palacio, á donde va todos los días en busca de las tajadas de sobra!

—Calla, simple, y no digas tal de Cristeta, que come en el mismo plato de Su Majestad Madre, y ésta la convida todos los días á tomar chocolate del que le mandan de Nápoles ó de las Sicilias, hecho con más canela que el que aquí gastamos! ¿Quién le pone las medias á Cristina más que Cristeta? ¿Y quién le hace la mascarita á la Reina Isabel cuando ella y su hermana juegan á carnavales? No vuela una mosca en aquellos aposentos sin que se entere mi amiga, y hasta olfatea lo que hablan Cristina y el Embajador de Francia.

—Pues yo le aseguro á Su Merced que el tal Bresson anda de capa caída y ya no le hacen caso, y que el negociado de casamientos está en la casa de *Mister Bullwer*... Dígale Su Merced

á la Socobio que vaya recogiendo velas en lo de D. Paquito, que á éste, como á su hermano el Enrique, les ha hecho Inglaterra la cruz. En Londres les tienen por poca cosa. Usted no sabe, yo sí lo sé, que D. Francisco pidió al Rey de Francia la mano de su hija la Princesa Clementina, y Luis Felipe se la negó con desprecio. ¡Y ahora le iban á dar la mano de la Reina Madre, no crea usted las papas que le cuenta Cristeta.

—Para papas las tuyas, Eufrasia. El señor Terry, como todos los españoles de ahora, está trastornado, y el trastorno le hace ver y leer periódicos que no existen. Pero sea lo que quiera, D. Francisco es un joven ilustrado, tan ilustradillo como cualquier otro príncipe, y además un modelo de virtudes... para que lo sepas.

—Sí, madre: es tan virtuoso, que en Pamplona, donde está su regimiento de guarnición, se pasa todo el tiempo en compañía del Obispo, que es un carlistón rancio, y en visitas de monjas y frailes.

—¿Y eso qué?

—Nada... Un periódico de Londres ha dicho que en su casa de la calle de la Luna tenía un cuarto con altarito, todo lleno de imágenes y estampas, y que allí se pasaba las horas de rodillas rezando y haciendo novenitas... ¡Bonita

cosa para un Rey ocuparse en vestir y desnudar á un Niño Dios de talla! No dice Terry que esto sea verdad; puede que no lo sea; pero en Inglaterra así lo cuentan, y ello basta para que se burlen de los españoles si le tomamos de Rey marido.

—Te prohibo—dijo Doña Leandra severamente,—que hables del primo hermano de Su Majestad con tan poco miramiento, dando oídos á las calumnias y chismes de esos perros protestantes. Sea ó no esposo de la Isabel, es el tal un príncipe español, y los manchegos, como la mejor y más antigua sangre española, le debemos respeto y veneración. Que no vuelva yo á oír en tu boca esos disparates de que viste y desnuda al Niño Jesús, no porque sea razón de que le tengamos en poco, pues tales actos son meritorios, sino porque esas hablillas las echan á volar los ingleses para desacreditarnos y abrirle los caminos al alemanote ó animalote.

—Algo habrá de esto—replicó Eufrasia con timidez,—y ya empecé por decir que yo no lo creía, como no creo tampoco lo que se cuenta... ¿lo digo?... pues que entre el Obispo de Pamplona y una monja muy lista, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, han inducido al tal Francisco á ver claros los derechos de Don Carlos y turbios los de Isabel... Esto no será ver-

dad; pero la Inglaterra le ha tomado entre ojos, porque hace morisquetas al absolutismo, y antes que consentir que se sienta en el Trono, armará una guerra con Francia, y entonces veremos quién puede más.

—Pues en ese caso—dijo Doña Leandra con turbación y enojo, soltando la costura,—las naciones nos ponen la pata en el cuello, y no nos dejan casar á Isabel á nuestro gusto, ó al gusto de ella, que es lo natural. Ya veo que *hay más mal en el aldegüela del que se suena*, y que con tantas querellas y pareceres distintos los españoles corremos á la perdición y al acabamiento. El mejor día, disputándose la mano de la niña, vienen aquí el Austria por un lado, la Inglaterra por otro, de esta parte la Francia, de aquella otra el Papado y las Dos Sicilias, todos armados hasta los dientes, y nos hacen polvo, nos parten y nos reparten, llevándose cada uno el pedazo que le acomode. No dejarán más que la Mancha, que como está en el centro, hasta ella no han de llegar los dientes de esos lobos carniceros... y de ello me huelgo yo, porque así seremos los manchegos los únicos españoles que sostengan la decencia y el punto castellano. Sí, sí: guerras tendremos, por ser aquí tan locos y estar siempre á la greña negros y blancos, ya debajo de la bandera del Progre-

so, ya de otra bandera, y hoy te pronuncias tú, mañana yo... Razón hay, créelo, hija mía, para que nos merienden las naciones y pongan aquí de Rey á cualquier extranjero *hi de tal*, atravesado y hereje. Dejémosnos quitar á nuestros verdaderos Reyes, dando crédito á la malicia de que aquí los príncipes se entretienen en vestir y desnudar al Niño Jesús... Sí, sí: creamos eso, ayudemos á que corra esa ridiculez, y buenos quedaremos ante el mundo, como quien dice, la Europa, ó verbigracia, el universo ilustrado. Mejor estaríamos nosotros en el Africa que en la Europa, si el Africa es, como cuentan, tan parecida á la Mancha... y aunque en ella hay moros, mejor nos entenderíamos con éstos que con tanto civilizado perverso de las Austrias y de las Inglaterras...

Levantóse iracunda la señora, y moviendo sus flacos brazos causó á la hija no poca sorpresa y susto, por ser de grandísima novedad que con tanta vehemencia y criterio tan exclusivo hablase de cosas y personas políticas. Algo más quiso decir Eufrasia, ampliando sus referencias, y queriendo echar de sí la responsabilidad que en la difusión de ellas pudiera caberle; pero Doña Leandra con vivo gesto le puso en la boca la mano huesuda y en el oído esta terrible admonición:

«Ni una palabra más te consiento, boba, que al no respetar la fama de nuestros Príncipes, faltas al respeto á tus padres, que todo es uno, padres y Reyes, y no siendo así no hay grandeza, no hay poder en la Nación. Guárdate de traerme más cuentos y de marearnos con la Inglaterra, pues si tu novio es inglesado, con su pan se lo coma, y menos mal si es hombre de bien, como creo. Cuando os caséis, hazte tú, si quieres, inglesada, por lo de *no con quien naces, sino con quien paces*; pero en el entretanto, no nos hurgue el Sr. Terry á los españoles, si no quiere ver el pie de que cojeamos. Y también le dices de mi parte, de mi parte ¿entendidos? que aunque deseamos ver bien casada á nuestra querida Reina, para su felicidad y la nuestra, miramos antes por la familia; que no se caliente la cabeza con tantos Coburgos y Cabargos, ni con las intriguillas del *Mister* de la Inglaterra, sino que piense, pues ya es hora, en cumplir su promesa y determinación de matrimonio, que no es bueno que las muchachas honestas y de buena familia se eternicen en los noviazgos. Si fuera D. Emilio un pelón, no nos quejaríamos de la tardanza; pero bien sabemos que de nadie necesita licencia para casarse, ni es de los que tienen que juntar algunos duros para mericar cuatro sillas y una

cama. Con que... que no te entretenga más. Tu padre y yo nos creemos muy honrados con que un señor tan pudiente te tome por mujer; pero no debemos tampoco achicarnos, que si á tí te envidian el esposo que te llevas, él no sale mal librado; y si tu educación no es á lo extranjero, ni sabes lo que otras, le llevas un buen palmito, le llevas tu honestidad, tus cristianos sentimientos y el buen nombre de nuestra casa. Cierto que tu hacienda no iguala con la suya; pero tampoco eres de las que van con lo puesto. Bien puedes apretarle, hija mía, para que se decida pronto, y ponte muy enfurruñada si no lo hace. Ya ves cómo estoy de flaca y consumida; es que no vivo, no puedo vivir mientras mis dos hijas no se coloquen... ¿Llegará ese día, Señor? No lo deseo por vosotras tan sólo, sino por mí, por mi salud, por mi existencia, que no es tan despreciable para que yo no mire un poco por ella. Espero á que os caséis para largarme á la Mancha y llevarme mis pobres huesos, que este Madrid quiere robarme; él á quitármelos, y yo á que no. Veremos quién gana. Decídanlo vuestros novios, hijas mías, y no consientan que me robe mis huesos esta tierra maldita.»

XXII

Si la opinión de Doña Leandra, cuando de política trataban en la familia, había sido hasta entonces de muy escasa autoridad, ya D. Bruno y las hijas empezaban á oirla con respeto, observando que cuantos vaticinios hacía la señora se cumplían estrictamente. No había más razón de esto que la amistad de Cristeta, puntual proveedora de noticias traídas del propio cosechero, dígase de Palacio. Según rezaba el catecismo del régimen, debían dirigir la política la opinión y el Parlamento; pero una y otro, viviendo de acaloradas pasiones, carecían de poder para dar impulso á la gran máquina. Meneaban ésta manos oscuras, desconocidas entonces, pero que andando los meses y los años habían de ser descubiertas y sacadas á luz, como verá el que leyere. La inocente Reina, lanzada en el torbellino sin guía, sin consejeros leales, sin maestros de alta virtud y práctico saber, no hacía más que desatinos. No es justo culpar á la pobre niña, sino á los que pusieron la Nación en sus manos, como un juguete complicado cuyo manejo se reservaban el interés y la ambición.

Sustituído Narváez por Miraflores, no pasó mucho tiempo sin que la nueva sibila, Doña Leandra, vaticinara que los días del buen Marqués estaban contados. «Ya veréis—dijo á la familia,—cómo con todo su aparato de decretos y su mayoría de Cortes le ponen en la calle para que vuelva Narváez, el único que sabe aquí meter en cintura á toda esta pillería.» Cumplióse el vaticinio, y no llevaba el de Loja quince días de mando, cuando la profetisa volvió á entrar en funciones, diciendo: «Veréis al temerón patas arriba antes de una semana, porque, según parece, no ha dado gusto á las señoras, que ahora querían fundar un Reino nuevo en un país de América que lo llaman Méjico, y poner en él á cierto caballero príncipe de la familia de Muñoz.» Realizóse también aquel atrevido pronóstico, y de la noche á la mañana, como por juego caprichoso, mandaron á Narváez á su casa, de allí á una embajada, que era como destierro, y en el gobierno de la Nación le sustituyó D. Javier Istúriz, el más ferviente partidario y adorador de la Reina Cristina, tan devoto de la hermosa Reina italiana, que á ella sometía por entero su voluntad y sus ideas. Fue Istúriz uno de estos hombres de viva inteligencia que jamás hicieron cosa de provecho, por falta de carác-

ter y de ideales patrióticos. Liberal de abolengo, criado en el volterianismo y en la cultura moderna, tiraba á lo reaccionario por odio á las groserías del *Progreso* y aborrecimiento de la Milicia Nacional. La corrección y las buenas formas, la pureza de la palabra y la firura de los modales se habían sobrepuesto en su entendimiento á las ideas y al saber político estudiados en los libros y en los hechos. Su adhesión idolátrica, pasional, á la Reina Cristina, especie de culto caballeresco, más ardiente cuanto más platónico, le llevó á consentir y autorizar cuantas extravagancias políticas se le ocurrían á la orgullosa dama, que habiendo vuelto de su destierro con ardor de autoridad, veíase estorbada por la enérgica manipulación de Narváez. Las dos máquinas no podían funcionar juntas, y se rozaban con chirrido áspero y entorpecimiento enojoso. Mangoneando á sus anchas la ex-Gobernadora, ayudada de tan dócil mecanismo como Istúriz, ya podía entenderse libremente con su tío Luis Felipe para condimentar á gusto de ambos el guisote de los casamientos.

En una misma página de los anales de esta Nación aparecen la subida de Istúriz y la terrible trapatiesta entre Lea Carrasco y Tomás O'Lean, por nada, por un sí y un no. German

de discordias es para los individuos así como para las colectividades la opinión política, y por causa de esta monstruosa fiera, ó hidra, para decirlo mejor, han llorado y lloran grandes desdichas, cuando no tragedias, los humanos. A los amantes también les desazona esta bestia cruel, y por ella se han visto rotos los más dulces lazos, y desconcertados los matrimonios más felices. ¿Quién creería que Lea y Tomasito, empalagosos amantes y tórtolos honestos, habían de pelearse por si se casaba ó no se casaba Montemolín con nuestra Reina? ¿Qué les iba ni qué les venía en ello? Pues sí. Repitiendo conceptos de su padre, había dicho la joven que Don Carlos Luis era el representante de la teocracia obscurantista, y que ningún gobierno que tuviera vergüenza consentiría en la boda de semejante tipo con Isabel II. Mas lo dijo sin intención de mortificarle, riendo y como echándolo á broma. No pensó la chica que su novio lo tomase tan por la tremenda, ni que se pusiera como se puso, lo mismo que un león. Poco faltó para que le pegase, y por fin, después de soltar por aquella boca términos iracundos y despreciativos, se despidió con un *hemos concluido* y un gesto de teatro, que áunieron en gran consternación á la pobre manchega. El motivo aparente de la ruptura no era bastante

poderoso; parecía más bien pretexto aguardado con ansia y aprovechado con diligencia para romper un pacto de amor que la familia de O'Leán no estimaba conveniente: No tardó en recibir la pobre señorita confirmación oficial del rompimiento en una esquila, que entre otras cosas por demás amargas decía: «Tus conceptos execrables han abierto *et* abismo entre nosotros... La revolución y la Monarquía no pueden aliarse, ni cabe unión sólida entre las tinieblas y la luz, entre la obscuridad de los errores y el resplandor de los principios... ¡Todo ha concluido entre nosotros!... ¡Giegos tú y yo, hemos creído que era posible la conciliación de nuestros caracteres. No mil veces... Has ultrajado mis sentimientos, y has hecho befa de mi *leal adhesión al Altar y al Trono...*» No pudo Leandrita oír de leer tan ridículo documento, y estrujándolo lo arrojó lejos de sí. ¡Vaya, vaya! ¿qué tenía que ver el Altar y el Trono con los amores de una chica y un chico?... ¿Cuándo se había visto farsa semejante?

Sabido el caso por D. Bruno, no pudo contener su indignación, y salió de casa en busca del tránsito, decidido á pedirle satisfacción en el terreno del honor. ¿Pues qué, así se entretiene, vive Dios! meses y años á una señorita de familia honrada, y por un quifame

allá esos Montemolines se rompían relaciones en visperas de casorio, con los trapitos preparados? Fue de primera intención. D. Bruno á descargar su furor con Doña Ignacia, madre de Tomaso; pero la señora había partido para Azeitúa, llevándose al héroe de aquel desconcertado drama. Pronto se supo que la señora vasca, que era como un lingote de hierro en humana figura, renegaba ya de los amores del D. Tomás con Lea, y había decidido casarle á escape, para evitar recaidas, con una heredera rica, de los Goenagas de Azeitúa. El desastre no tenía ya remedio, y así lo comprendió Carrasco retirándose á su casa con las manos en la cabeza. Comprendía que España entera se lanzase á una nueva guerra civil para castigar tal desafío, y que corriesen ríos de sangre, no dejando piedra sobre piedra en las enrisecadas provincias, baluarte del absolutismo y nido de todos los males de la Nación.

Más comedia y resignada que su esposo, Doña Leandra lo llevó con paciencia, diciendo que Dios no les abandonaría, y que si la chica no se aferraba prontamente al cariño de aquel mal hombre, no sería difícil que se le presentase nuevo partido. No había de faltar un muchacho honrado y decente entre tantos como hay; ni era indispensable que todas las chicas

buscasen marido en la clase de tenientes coroneles. Contentárase con lo que saliese, y no fuera melindrosa con los de cepa humilde, que entre éstos, más que en la camada de empleadillos y militronches, estaba lo bueno. Hablando de esto, hija y madre pasaban largas horas. Absolutamente se retraía ya la desairada Leandrita de los paseos y de toda diversión mundana, y á ratos llorando, á ratos ayudando á Doña Leandra en la costura y remiendo de inútiles trapos, veía correr los lentos, tristísimos días. De estos coloquios nació en la joven el sentimiento del país natal, como consuelo de tristezas y reparación del organismo gastado por las cortesanas luchas; la común pena hizo una sola llama de la nostalgia de una y otra mujer, y ambas desearon lo mismo: huir de Madrid, respirar los aires manchegos, y reanudar la vida del campo con todas sus delicias y pacíficas dulzuras. El refuerzo que la nueva querencia de su hija llevó á Doña Leandra, fué para ésta motivo de grande animación y júbilo: gozaba lo indecible viendo la reproducción de cuanto pensaba y sentía, y oyendo un eco de su terrible odio á todo lo matritense.

Aunque más atado á la Corte cada día por amistades y costumbres, no se oponía D. Bruno á la repatriación, con carácter temporal, por

supuesto. Y que no le vendría mal ciertamente echar un vistazo á sus propiedades y teclear un poco la opinión de los amigos para una nueva campaña electoral. Habría deseado el jefe de la familia que Doña Leandra y Lea se fuesen solas, quedando él en Madrid con Eufrasia y los chicos, hasta que éstos salieran de sus exámenes; pero Doña Leandra, que sobre el amor á la tierra ponía siempre el culto idolátrico del esposo, y el deseo de no ceder á nadie su cuidado y asistencia, dijo que prefería esperar á que Bruno ultimase los asuntos que en Madrid embargaban su tiempo. Acordóse, pues, diferir en un mes el viaje. Cuando la ocasión de éste llegara, los chicos quedarían al cuidado de María Luisa Cavallieri, que á ello se prestó por un convenido estipendio, y Eufrasia viviría con Rafaela Milagro, que muy á gusto la hospedaba, más como hermana que como amiga. Harte comprendían los Carrascos que no era conveniente llevarse á Eufrasia, hallándose Terry tan maduro, y casi casi comprometido á que las bodas se celebraran á entrada de invierno. Entre San Antonio y San Juan, libres ya los muchachos del ahogo de sus exámenes, partirían alegres para Peralvillo. Eufrasia, gustosa de agradar á sus padres, convino en ir también, siempre y cuando los negocios llamasen

á Terry al extranjero en los meses caniculares. Mientras el novio despachaba en París y Londres sus asuntos, sin olvidar las compras indispensables para la boda, todo ello proporcionado á su riqueza y exquisito gusto, la novia, en sus posesiones de la Mancha, trabajaría en el ajuar, que debía ser combinación feliz de la modestia y la elegancia.

XXIII

Quería Nuestro Señor poner á prueba la gran virtud y sublime paciencia de Doña Leandra, privándola de ver los campos manchegos, porque transcurrido el plazo de un mes que se había fijado para emprender el viaje, surgieron nuevas dificultades y entorpecimientos. Quebrantaba la salud de D. Bruno una irritación al hígado, que á más de producirle inapetencia mortal, le ocasionaba tristeza y molestias crueles. Era una razón más para largarse; pero el buen señor, lejos de sentir impaciencia, mostrábase cada día más perezoso y alegaba ocupaciones inopinadas. Veinte veces habían hecho y deshecho los equipajes la hija y la madre, engañando su anhelo con estos trajines, hasta que una mañana volvió D. Bruno á pro-

poner á su esposa que partiera con Lea, dejándole á él en Madrid con los chicos y Eufrasia. Poco le faltó á la señora para caer con un síncope; tales fueron el desagrado y estupor de semejante propuesta; y después de muchas lágrimas y suspiros, hija y madre declararon, la mano puesta sobre los respectivos corazones, que á pesar de sus vehementísimas ganas de ponerse en camino, no lo harían dejando al padre y esposo amagado de cruel enfermedad, la cual requería más que otra alguna la medicina de los aires natales. Pareció flaquear el ánimo del manchego con estas manifestaciones, y pidió dos días más para decidirse, sin dar á conocer los motivos de su inercia ni los negocios cuya tramitación y arreglo le amarraban á Madrid. Llegado el término fijado para partir ó explicarse claramente, encerróse D. Bruno con su esposa en el despacho, y se franqueó en los términos que puntualmente se transcriben:

«Vaya, mujer, para que no te devanes los sesos cavilando en los motivos de que yo no tenga prisa por irme con vosotras, voy á poner en tu conocimiento cosas reservadísimas, á condición de que me guardarás el secreto, pase lo que pase y venga lo que viniere.»

Tanto se asustó Doña Leandra con este exordio, que hubo de llevarse las manos á la frente